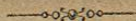


Se multiplican los ferrocarriles; pero no se inauguran sin que la Iglesia los bendiga. Grandes conquistas se alcanzan en los remotos climas donde impera la barbarie; pero cuando entran los soldados, ya han abierto el camino los misioneros, y marcado con su sangre las etapas de la gloria inmarcesible. Grande importancia logran el derecho internacional y los hombres de la diplomacia; pero en casi toda Europa es presidido el cuerpo diplomático por el Prelado que representa á la Santa Sede. Mucho se progresa en artes; pero el Gobierno de los países cultos pensiona á los jóvenes mas distinguidos para que vayan á aprender en Roma.

Así ha realizado y realiza el catolicismo su gran mision de progreso.



## CAPITULO V.

### DEL PONTIFICADO Y LA REVOLUCION.

#### I

Un hombre eminente, gloria del púlpito y de la cátedra; un sabio dominico, cuya reciente pérdida llora la Francia y llora el catolicismo, escribía en 1836 estas magnificas palabras:

«La Iglesia universal, destinada á sufrir todas las vicisitudes de los tiempos, necesitaba una fuerza que mantuviese en ella la triple unidad de vida, de inteligencia y de amor que habia recibido de su Fundador divino; pues no basta haber recibido, es preciso conservar. Si Jesucristo hubiera permanecido sobre la tierra en forma visible, Él mismo hubiera sido la fuerza que todo lo ligase, el centro de donde partieran y adonde convergieran, para volver á esparcirse, todos los rayos de la unidad. Pero Jesucristo en sus altos designios quiso no inmortalizar su presencia sensible entre nosotros, antes bien dejarnos oculta su Persona bajo

simbolos de vida, y encerrada su palabra en la Tradicion y en la Escritura; y como estos sagrados objetos no puedan defenderse á sí propios contra la division, hizose indispensable un depositario único y permanente que fuera el órgano supremo de la palabra evangélica, y la fuente inviolable de la comunicacion universal: hizose indispensable que Jesucristo, siendo siempre desde el cielo el lazo misterioso de su Iglesia, tuviera en este mundo un Vicario que fuese en ella lazo visible, oráculo vivo, unidad madre y maestra. Era este el mayor de los milagros; y á la verdad, de todos los acontecimientos superiores al hombre de que está llena la historia del cristianismo, no hay uno que ofrezca mas ancho campo á la meditacion; no hay uno en que mas se muestre el brazo del Omnipotente.

«¿Cómo colocar en medio del mundo, para ser en él gefe de una religion única, y de una sociedad propagada por todas partes, á un hombre sin defensa, á un anciano que ha de verse tanto mas amenazado, cuanto mayores sean los crecimientos de la Iglesia, y mayores por consiguiente la envidia de los príncipes y el odio de los enemigos? ¿Cómo cifrar la suerte de la religion en una sola cabeza, que el primer soldado que llegue puede cortar, ó que un halago del imperante puede trastornar y seducir? ¿Cómo salvar esta preciosa

cabeza de tantas pasiones como han de conjurarse contra ella; cómo salvarla de la impiedad, del cisma, de la herejía, de las guerras, de la mudanza infinita de los imperios y de las opiniones, del azar en fin de los tiempos futuros que un dia ú otro todo lo cambia y todo lo destruye? ¿Qué se hicieron los patriarcas de Constantinopla, los metropolitanos de Moscow, los califas musulmanes? Los que aprecien esta dificultad con el solo conocimiento de los hombres y de las cosas de su tiempo, la hallarán considerable; los que la examinen á la luz de la historia, verán con asombro que la dificultad está vencida.

«El Vicario de Dios, el Pontifice supremo de la Iglesia católica, el padre de los reyes y de los pueblos, el sucesor de Pedro, vive, y levanta entre los hombres su frente cargada con una triple corona y con el peso sagrado de diez y ocho siglos: las naciones le envian embajadores á su corte; él envia sus ministros á toda criatura, y hasta á lugares que todavía carecen de nombre. Cuando dirige la mirada desde las ventanas de su palacio, su vista descubre el mas ilustre horizonte del mundo, la tierra pisada por los romanos; la ciudad que construyeron con los despojos del universo; el centro de todas las cosas bajo sus dos formas principales, la materia y el espíritu; el centro por donde han pasado todos los pueblos,

donde han venido todas las glorias, hácia donde han peregrinado, al ménos desde léjos, todas las inteligencias cultivadas; la tumba de los mártires y de los apóstoles; el concilio de todos los soberanos: ¡ROMA! Y cuando el Pontifice extiende sus manos para bendecirla juntamente con el mundo todo (*urbi et orbi*) que es de ella inseparable, puede asegurar de sí lo que jamas podrá asegurar soberano alguno de la tierra, á saber: que no ha construido, ni conquistado, ni recibido su ciudad, ántes bien él es para su ciudad la vida íntima y perseverante; es para ella como la sangre en el cuerpo humano. El derecho no puede ir mas léjos que una generacion continuada que haria del parricidio un suicidio...

«¿Quién ha fundado todos los grandes imperios? La guerra, seguida de la victoria y de la posesion; es decir, la violencia sancionada por el tiempo. Si, por el contrario, buskais el origen de la soberanía temporal de la Santa Sede, veréis que ha dependido de cuatro circunstancias, concurrentes á la vez, sin que prevision alguna hubiera bastado para reunir las, ni para producirlas siquiera aisladamente, salvo la última: estas cuatro circunstancias son: la decadencia del imperio de Oriente, que no podía defender á Roma contra los bárbaros; la ambicion de los reyes lombardos que la querian unir á su corona; la proteccion su-

cesiva de dos grandes hombres, Pepino y Carlomagno; y el amor que todos los habitantes de Roma profesaban al Soberano Pontifice, de quien se reputaban hijos, no solo por razon de su dignidad, sino en pago de sus grandes beneficios. Por virtud de estas cuatro circunstancias, los Papas libraron á Roma de los restos de un poder que por su propio peso se derrumbaba; la arrancaron á la dominacion inevitable de los bárbaros, y tuvieron la gloria, al fundar su propio Estado, de no ser culpables de injusticia, ántes al contrario, de asegurar la salvacion de su patria.

«Ahora bien: ¿qué costó á los Papas un tan memorable suceso? ¿Por fortuna habian ellos desmembrado el imperio de Oriente, llamado á los lombardos hácia Italia, ó dado el ser á Pepino y Carlomagno? No. ¿Qué les costó, pues, aquella tan maravillosa trasformacion? Les habia costado ochocientos años de pacifico vivir en orden y justicia. Tranquilos sobre los designios del Altisimo, contentos con su pan y sus deberes de cada dia, habian vivido pobres y muerto mártires por espacio de tres siglos: sacados de las Catacumbas por Constantino, enriquecidos por la piedad de los fieles y de los emperadores, sus deseos eran sencillos, su alma humilde y fuerte, sus manos pródigas del bien: amenazados muchas veces, presos, desterrados, asesinados, habian

sostenido con su majestad la confusion del bajo imperio, abatido las herejías, escrito para su siglo páginas que llegarían á los venideros, dejando obrar al tiempo, seguros de que el tiempo sería en su favor, puesto que va de la eternidad á la eternidad. Por último, un dia en San Pedro de Roma, y entre universales aclamaciones, pudo el Pontifice poner, sin temor y sin crimen, la corona de los Césares sobre la frente de un héroe, cuyo nombre y cuya grandeza irán perpetuamente unidos; sobre la frente de Carlomagno, el primer fundador, despues de los Papas, de la unidad occidental y europea, por cuanto fué el fundador de la libertad pontificia.»

Así escribia veinticinco años hace el gran Lacordaire; y al cabo de esos veinticinco años un hombre político de los que mas han intervenido en los destinos de la Europa moderna, el mismo ilustre académico que en 1850 daba la bienvenida en la Academia francesa al sabio dominico de Soréce, Mr. Guizot, miembro de la llamada Iglesia protestante, dirigia á los revolucionarios del mundo, en su libro ya citado, esta elocuente leccion:

«Llenando, y para llenar su mision religiosa, ejerciendo, y para ejercer su potestad espiritual, el Pontificado ha tenido necesidad, absoluta necesidad de independenciam, y de un cierto grado de autoridad material: y lo alcanzó en efecto, pri-

mero en Roma, luego á la inmediacion de Roma, despues en otros puntos de Italia, y sucesivamente bajo títulos diversos; primero como magistratura municipal, luego como propiedad territorial y en virtud del poder político inherente entónces á la propiedad; despues á título de soberanía plena y directa. El territorio y el gobierno han venido, pues, al Pontificado como un apéndice natural y un apoyo necesario de su gran poder religioso y á medida que este poder se desarrollaba. Las donaciones de Pepino y de Carlomagno fueron tan solo uno de los principales incidentes de aquel desarrollo á la vez espiritual y temporal, comenzado muy á tiempo, y secundado así por el instinto de los pueblos, como por la munificencia de los reyes. Por el concepto de gefe de la Iglesia, y por serlo realmente, es por lo que llegó el Pontifice á ser soberano de un Estado.

«Realizada así por el curso natural de las cosas y por la fuerza de las circunstancias, la union de los dos poderes en el Pontifice, produjo un resultado, natural también, aunque imprevisto: estableció y ha hecho prevalecer en todos los países la distincion de esos mismos poderes. Es preciso, dijo M. Odilon Barrot en la asamblea legislativa, que los dos poderes se confundan en el Estado romano, para que se separen en el resto del mundo. Muchos siglos ántes que M. Odi-

lon Barrot, el instinto de las sociedades cristianas y el interes general de la civilizacion habian pronunciado la misma frase. Como soberano temporal, el Pontífice no era temible para nadie, y sin embargo su soberanía temporal es una gran prenda de su independecia y de su autoridad moral. El igual de los reyes en dignidad, sin ser su rival en dominacion, podia defender á toda hora la dignidad y los derechos del órden espiritual, verdadero origen y verdadera base de su poder. Que los Papas hayan abusado de esta situacion, ora para crear obstáculos, ora para proteger á los soberanos con quienes estaban en guerra ó en alianza, ningun hombre ilustrado lo puede negar, y los amantes del derecho, de todos los derechos, deben ser los primeros en reconocerlo; pero no es ménos cierto que solo al abrigo de esta pequeña soberanía temporal ha podido el Pontificado proclamar y sostener en Europa la diferencia esencial de la Iglesia y del Estado, la distincion de las dos sociedades, de los dos poderes, de sus dominios y de sus derechos mutuos. Este hecho, en el que estriban la salvacion y el honor de la civilizacion moderna, debe su nacimiento y apoyo al doble carácter del Pontificado, y compensa ampliamente los abusos que de su doble imperio hayan podido hacer los Papas.

«¿Qué sucede hoy? Al gran hecho histórico

que se ha mantenido á traves de tantos siglos y de tantas vicisitudes, se opone un sistema; se afirma en principio, no solamente la distincion, la separacion general, sino la absoluta incompatibilidad, cualesquiera que sean el tiempo, la forma y la medida, de la Iglesia y del Estado, del poder espiritual y del poder temporal; y en lógica rigurosa, por seguir á todo trance las consecuencias de este principio, hay espíritus muy ilustrados que olvidan la historia, hombres muy de bien que menosprecian el derecho de gentes, liberales que mutilan la libertad.

«No desdeño en suerte alguna los sistemas y la lógica; son brillantes y saludables ejercicios en que el espíritu humano despliega, para investigacion de la verdad, su fuerza y su vigor; pero cuando un sistema llega á tales consecuencias, cuando exige sacrificios tales, empiezo á desconfiar del sistema y rechazo sus pretensiones de verdad absoluta y de dominacion universal. Aquellos vigorosos y atrevidos pensadores, no lo son quizá bastante; es preciso ir mas léjos por el camino en que se colocan; es preciso reconocer que en el Pontificado el poder espiritual y el poder temporal están unidos íntimamente, son necesarios el uno al otro, y deben subsistir ó caer juntos; es preciso repetir muy alto que al atacar y amenguar el poder temporal del Papa se ataca y

se amengua también su poder espiritual; es decir, se ataca á la Iglesia católica. Es preciso proclamar la necesidad y el derecho de poner fin á esta gran destruccion revolucionaria, como los absolutistas republicanos proclaman el derecho y necesidad de abolir todo reinado, todo poder no elegido por el pueblo, siquiera en ello hayan de padecer el derecho de gentes y la libertad. Y para asegurarse contra tales sacrificios es preciso creer y proclamar que el tiempo por venir compensará las iniquidades y las tribulaciones que al tiempo presente afligen.»

Así habla un filósofo que ciertamente no será tachado de fanático en pro del catolicismo; y aunque sea, como es en efecto, un tanto arriesgada la proposicion relativa á la intimidad de los dos poderes, que juntos *deben subsistir ó caer*; aunque para los católicos no es admisible, siquiera con el carácter de *dato non concesso*, el fin y término del poder espiritual, por más mudanzas y riesgos que pueda traer sobre el temporal la iniquidad de los hombres, siempre será digna de estimación y elogio una tan noble y enérgica defensa del Pontificado: así habla, porque la verdad tiene más poder que todos los errores, y porque únicamente es propio de espíritus vulgares cerrar las puertas al convencimiento, tan solo porque el con-

vencimiento ha de lastimar el orgullo, nube de perdicion donde tiene su trono Satanás.

## II

La época actual es una de las más difíciles y calamitosas que registra la historia del Pontificado. En esta historia que es, puede decirse, la de la civilización europea, hay páginas verdaderamente fúnebres; porque el espíritu de insubordinación y rebeldía no es un mal de ayer, sino una calamidad que, más ó ménos, en todos los siglos ha dejado sentir su maligno influjo, y ocasionado á la humanidad horribles amarguras y trastornos.

La autoridad es el objeto constante de los odios demagógicos y de las acometidas revolucionarias: y siendo el Pontificado centro de autoridad, y punto culminante en la esfera del orden y del gobierno, atrae sobre sí, como inmenso pararrayos del edificio social, el abrasado aliento de las tempestades que forman en lo alto las emanaciones incesantes de la soberbia y de la injusticia y de la insensatez humanas.

Cuando los anarquistas del mundo quieren destruir la autoridad de la familia y romper quizá los lazos de ciudadanos, comienzan por negar la autoridad de los gobiernos constituidos; y co-

mo entre los gobiernos constituidos tiene el de Roma el privilegio de excitar con mayor fuerza las iras de los anarquistas del mundo, siempre comienza en Roma la cadena de sus negaciones: y no pártete de mas arriba esta cadena, porque para los enemigos declarados de las sociedades humanas nada existe mas arriba de lo visible, si se exceptúa su orgullo.

Estudiando con la debida atencion los sucesos que pasan á nuestra vista, se observa que el espíritu revolucionario, que siempre es el mismo, por cuanto procede del mismo principio y se dirige al mismo fin, toma ahora caminos diversos y se reviste con formas no conocidas en los siglos anteriores: hé aqui el progreso. Antes de ahora se declaraba guerra al Pontífice, se perseguia á la Iglesia, se cometian en fin las injusticias mas atroces; pero se hacia en són de guerra y desde campo abierto, y por enemigos desembozados. Hoy no hay franqueza para tanto, aunque haya intencion para más; y acontece que, ya bajo el pretexto del consejo, ya con el carácter de exigencias de los tiempos, se irrogan á la autoridad pontificia ofensas graves, y se pretende tomar con una mano la del Pontífice para besarla reverentemente, y limar con la otra, pero con lima sorda y rápida, el cetro augusto que diez siglos hace quebrantó la cabeza del monstruo de la barbarie.

Ahora hay una secta de revolucionarios devotos, especie de hipócritas del error, que erigiéndose en amigos, tutores y maestros de la Santa Sede, quisieran despojarla suavemente de sus derechos y acompañarla con toda cortesía hasta las puertas de Jerusalem.

### III

La soberanía temporal es el gran argumento de los adversarios de la Santa Sede: los que consideran esta soberanía como perjudicial y aun funesta para el sucesor de los Apóstoles y Vicario de Jesucristo, serian verdaderamente mucho más tiernos y más papistas que los Pontífices mismos que no han advertido esos perjuicios, y mejores católicos que todos los obispos del mundo que se declaran en favor de aquella soberanía, si no se descubriese en sus palabras cierto parecido con las que empleaba el emperador Juliano para despojar las iglesias, y reducir á los clérigos á la condicion mas triste. Los que combaten la soberanía temporal del Papa como obstáculo á la unidad de Italia, saben sin duda, pero lo callan, que para la unidad de Italia hay obstáculos mayores que la Roma de los Pontífices. ¿Qué quiere decir la unidad de Italia? ¿Quiere decir el agrupamiento de todas las provincias bajo un solo cetro

ó en una sola república? Hé aquí un problema perpetuamente debatido y perpetuamente nuevo. La unidad de Italia no puede lograrse sin la prévia union de todos los italianos; y al punto ocurre preguntar: ¿son homogéneos en carácter, en inclinaciones, en hábitos, en historia, todos los modernos habitantes de la Italia? No habrá un solo testigo que deponga en favor de esta homogeneidad. Si ésta no existe, no hay para qué hablar de unidad italiana; hablemos mas propiamente de confusión italiana. Y no se diga, por Dios, que todos los que piden libertad en la hermosa lengua del Dante deben ser unos y constituir propia y exclusiva nacionalidad, pues en virtud de tal principio, Rusia reclamaria la absorcion en su vasto territorio de todos los países donde se hable lengua esclavona; Prusia quizá pretenderia la unidad alemana; y quién sabe si algun monarca de Occidente extenderia su mirada codiciosa por los pueblos de raza latina.

Es fenómeno bien singular, que miéntras ciertos políticos miran con indiferencia la unidad alemana, la unidad ibérica y algunas otras unidades europeas; más todavía, que miéntras abogan por la desunion de ciertos Estados de Europa, se conmueven y se desesperan porque Italia no se unifica. ¿Cuál es el secreto de este interes tan vivo y de este empeño tan tenaz? Es una especie de

secreto á voces: la suspirada unidad de Italia no puede alcanzarse sin el destronamiento del augusto sacerdote que mora en el Vaticano.

## IV

No vamos á formular la historia ni la defensa de la soberania temporal del Papa: en el trascurso de once siglos se han escrito acerca de esta cuestion millares de volúmenes: cuatro años hace que en ella se emplean los primeros pensadores de Europa; el episcopado de todo el mundo católico ha emitido su opinion; el mismo Pontífice acaba de hablar. ¿Qué podriamos añadir nosotros? Verdad es que tampoco los adversarios del poder temporal añaden hoy una sola idea á las ya consignadas en el espacio de once siglos, y recapituladas con satánica complacencia en estos cuatro últimos años.

Nosotros no creemos que vale más ni ménos el supremo poder espiritual del Pontífice porque lleve ó no *la frágil corona de oro*, como dicen sus enemigos. El poder espiritual permanece y ha de permanecer siempre idéntico, siempre inquebrantable: por eso es inútil todo conato en contrario. Los judíos no conciben al Mesias sino envuelto en nubes y hablando la voz del trueno; esto dicen los revolucionarios para indicar que los hijos sumisos de la Iglesia, defensores de la soberanía